

EL FÍGARRO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 27 DE OCTUBRE DE 1895

Num 25.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi *Víctor Jerez*

Co-REDACTORES:

J. Antonio Solórzano *Isaías Gamboa*

Después de un año

Fue en una tarde de octubre, toda llena de colores, toda llena de perfumes. Vino á luz nuestro "Fígarro" cuando el cielo estaba muy azul, cuando el aire cargado de armonías llevaba en sus alas tembladoras los últimos adioses del invierno.

Reunidos los padres, gozosos por la venida del chiquillo, se dieron á buscarle nombre, á escoger el vestido más bonito, á comprarle una cuna dorada, á recoger cuanto de alegre había en casa de los íntimos, cuanto de rico estaba ó podía estar al alcance de ellos.

Y cada uno quería darle un nombre y se trataba de participar á los relacionados el feliz advenimiento y de invitarlos á elegante fiesta para celebrar las gracias futuras, para discutir los amorosos proyectos. Había necesidad de hacer partícipes de la alegría á los que saben ser alegres.

Gustamos siempre, por un fenómeno de muy fácil explicación, de comunicar estas alegrías que tienden á salir de nuestra alma. El rostro, que en muchas ocasiones nos denuncia, es por medio de quien manifestamos el estado del interior. Hay líneas para cada situación; los caricaturistas lo saben muy bien. La severidad de una recta cuadra al viejo diplomático; la placidez de una línea ondulada, á un buen burgués; la gracia de una línea curva, á vuestras frentes de blancura irreprochable, á vuestros labios de rojos rubíes, señoras mías.

No sé si domina la recta ó la curva en las mejores obras de la naturaleza; ello es que nada hay más gracioso que una curva en las obras del arte.

Aquella alegría de que hablaba antes se desbordó en la alegre reunión de la familia. Ese día se levantó de fiesta, preparó el vestido de los domingos, cortó muchas flores para que las visitas encontraran muy agradable la estancia y á la hora de la velada, en amenísima conversación, Arturo Ambrogi, el exquisito rimador de soberbios períodos, leyó sus preciosos cuentos, florilegio admirable de admiradas bellezas; Toño Solórzano trajo un cesto de rimas delicadas, como quien ofrece ramillete de violetas; y gozoso, por aquel entonces, y siempre inspirado, Isaías Gamboa o-

freció versos olorosos como los jazmines de su Cauca.

Honraban los salones de la casa aquellos que presiden en nuestros afectos. Nervioso, pensativo, abismado en hondas reflexiones, se veía al maestro Francisco Gavidia, ejerciendo autoridad en las almas. Soñando con auroras suaves y con adorados imposibles, murmuraba endechas delicadas la musa grácil de Vicente Acosta, mientras Alberto Masferrer, el de la prosa brillante como el oro y resistente como el acero, formaba páginas que vivirán mucho, porque mucho valen.

Y bajo el palio iluminado de la estancia, pasaban Pepe Navarro elaborando artículos y estudios en que corren parejas el sólido talento y la gracia y el donaire en el decir; modesto y pensador, Carlos G. Zeledón; severo é inspirado, Alonso Reyes; correcto y laborioso, Indalecio Zelaya; decidior é inquieto, Ismael G. Fuentes, y con ellos muchos otros, trabajadores, buenos amigos y escritores que son legítimas esperanzas.

Y aquello fue torneo donde brillaron las armas del talento, donde lidiaron en glorioso combate la sutileza del ingenio y la más franca amistad.

Se llamaron á alegría los concurrentes, hubo lo de los proyectos difíciles al parecer, pero después llevados á gloriosa y entusiasta práctica.

Los señores de la casa trataron de levantar el edificio, de indicar las condiciones para el pase franco á esa morada, pobre de bienes de fortuna, pero rica de buena voluntad, donde anidarían muchas esperanzas, donde habrían de escucharse cánticos nuevos y de donde el pensamiento saldría con vestiduras desconocidas, de corte más elegante, de gusto más delicado.

Había que formar una mansión para los amigos queridos, para los que tienen la sonrisa en los labios y un mundo de ilusiones en la cabeza, para los que quizá atacados, pero no vencidos, por los golpes del excepticismo, han puesto en salvo sus ideales de poetas y sus energías de soñadores.

Sería un techo protector que ellos buscarían, como el viajero, al caer de la tarde, amenazado por violenta tempestad, busca un refugio en la humilde casa del camino, para demandar el necesario descanso á fin de emprender con la nueva aurora la solitaria peregrinación.

Si esos deseos no habrían de realizarse, si esas buenas intenciones se quedarían en inten-

ciones, no era culpa de los soñadores. ¿Acaso se cumplen siempre los deseos? Por desgracia, no.

Cuando vamos en pos de una satisfacción, nos cierra el paso una contrariedad, nos detiene un algo que es invencible, sea un grano de arena, sea una montaña.

Mas los propósitos podrían cambiar. Ciertos es, pero la inmutabilidad no es condición de los hombres. Se tornan los afectos en indiferencia y los odios se cambian en amores. A veces, dice Taine, el hombre estrangula su ideal.

No trataron de formar una vivienda señorial ni de refaccionar un viejo castillo de pesadas almenas, donde se escucharan por la noche los confusos ruidos originados por extrañas causas. Ahí no se darían las clásicas fiestas del aburrimiento en las que bajo el vestido de severa atención y amable cortesanía se ocultan odios profundos y enemistades muy hondas.

No resonarían ahí las notas del clavicordio ni habría de verse á los galantes caballeros con la cabeza empolvada y el espadín al cinto, bailando con movimiento pausado é indolencia aristocrática.

Era el deseo de lo nuevo, el ansia de dar á conocer el procedimiento último, de indicar cuáles son las corrientes del buen gusto.

Y hay en esto, señoras mías, que el buen gusto no debe fijarse en el molde de lo que pasó. El vestido más elegante, el sombrero más raro, el peinado más artístico usados hace medio siglo, os parecerán, con perdón sea dicho, una solemne ridiculez.

Así también en lo literario. La frase gongórica del sabio colonial no gustaría á José Batre Montúfar, ni el pesado cuento ó la artificiosa novela de pasados tiempos llamaría la atención de esta sociedad *fin de siglo*.

Vino "El Fígaro" á satisfacer el deseo de los amigos de tener casa propia, para no estar sometidos al hiriente desdén del propietario de la habitación.

Construcción pequeña pero bonita, pocos adornos, eso sí del más exquisito refinamiento, ningún recargo de oro, pero mucha luz natural por la vidriera de colores, mucha luz artificial á través de los cristales azules, una que otra luna veneciana, sillería escogida por quien tiene larga práctica, cuadros debidos al pincel regio de Carolus Durand y con gracioso abandono rica alfombra de Persia y soberbio cortinaje damasquino.

Allá afuera el jardincito encantador, la fuente que murmura sus madrigales de perlas y sus himnos de diamantes, las calles enarenadas, las jaulas de oro donde cantan los selváticos ruiseñores y la alondra que sorprende siempre á Romeo en la ventana de Julieta.

Poco á poco los vientos llegaron, los obsequios fueron muchos y las frases galantes hicieron amable el trabajo.

De aquella tierra de Cuba donde el cielo sonríe y el aura canta, nos mandaron hermosas camelias y pensamientos azules los Urbach, hermanos en el afecto y en el entusiasmo y el aristócrata García Cisneros.

Del precioso jardín mexicano, de sus *chinampas* floridas "que sobre spumas se mecen", cortamos lirios cultivados por Gutiérrez Nájera, el soberbio artífice; por Luis Urbina, el siempre querido poeta; por Díaz Dufoo, rico heredero del opulento Gutiérrez Nájera; de José Juan Tablada, el poeta de los antiguos cortes, el galano trovador del tiempo viejo.

Pepe Fiansón, Clemente Palma, José Antonio Román, Martínez Luján, desde los verjeles peruanos han asistido en espíritu á estas fiestas.

También ha tocado el ala del pesar á ese grupo de jóvenes inteligencias. Han pasado varios meses: el dolor no termina, aflige de continuo la inesperada partida de Manuel Gutiérrez Nájera. Cuando la fatal nueva llegó, aquí se juntaron los admiradores, cada uno traía su corona; y cuando estaba en lo más solemne la fúnebre demostración, alguien llegó: venía de correcto vestido negro, no se hizo anunciar, desembarcaba de París, dió su nombre y contribuyó de buena voluntad.

La ofrenda: un delicado trabajo;—el viajero: Enrique Gómez Carrillo.

Más tarde supimos que, víctima de incurable nostalgia, había muerto en Chalatenango el amigo Jeremías Martínez. Nueva demostración de pesar, porque Jeremías era de los nuestros, de los principiantes, de los adoradores del arte á prueba de todas las adversidades.

Rendido el tributo á los amados ausentes, "El Fígaro" ha seguido firme en su línea. Ha registrado el eco de la sociedad, ha ofrecido las salesas revistas teatrales de *Cirrus*, el cronista que derrocha la gracia.

El humorista encantador, el inteligente intérprete de Mark Twain, os ofreció, señoras mías, sus deliciosas humoradas, por medio de Salvador J. Carazo.

"El Fígaro" ha ido á todas las fiestas, ha tomado parte en todas ellas, y para fortuna de él, no ha concluido de derrochar su tesoro de alegría. Dispuesto en todas ocasiones á rendir fervoroso culto á las diversiones que dejan en el espíritu uno como indeleble recuerdo, no podía menos de asistir á los sitios donde han librado gloriosa lid la belleza y la elegancia por una parte y el talento y la cultura por otra.

Prometió "El Fígaro" muchas cosas. En cuanto á manifestar si las ha cumplido, de ello deben responder los dos tomos que se han publicado. Habrá sido la labor falta de méritos, pero ha sobrado buena voluntad, y fuera de los trabajos de la redacción se encontrará que todo lo demás forma un precioso repertorio de composiciones escritas para gustos delicados. El último cuento francés, la preciosa revista de modas, la novelita espiritual, el verso de forma irreprochable, aquí han sido acogidos.

Natural es que las revistas severas, de corte académico, representen en el movimiento intelectual del país, algo así como el pensamiento sesudo, como la reflexión atinada y profunda; pero también el periódico del día debe responder á las necesidades del día.

Se vive hoy artificialmente, y el periódico—

espejo de la sociedad, eco de sus alegrías — debe corresponder á su origen.

Pero esto ya va largo. . . arriba, en el salón, principia la orquesta á dar al viento sus notas encantadoras; las parejas se preparan al baile. Allá están mis amigos para haceros los honores, para tender á vuestros pies alfombras de "no me olvidéis", para ofreceros ramos de lilas húmedas, mientras aquí, al pie de la escalera de mármol, os saluda cuando entráis y os admira siempre vuestro devoto

LOHENGRÍN

El Ocaso

Moribundo que, ansioso de la vida inmortal, tranquilo, Comienza á ascender en la espiral oscura, el ocaso, Duerme á la razón y despierta á la fantasía, asilo De los monstruos que engendran lo blanco y lo negro, en su abrazo

Es el cómplice audaz de los espíritus de la noche: En tanto ellos vienen, vierten en los cerebros de las gentes El licor del delirio, destilado del negro broche De enigmáticas flores de las pesadillas ardientes.

Licor que, en regiones ignoradas, á la razón esconde Y sobre el nivel común, alza á la humana fantasía, Y, por los dolientes espacios la echa, á que ronde El pálido alcázar, nunca visitado por el día.

Cuando preparado, el terreno está, inquietos y traidores Los sepulcrales espíritus vienen y hacen presa, De las almas delirantes—que en la tiniebla espesa, Al aire lanzan sus himnos locos y gemidores.

¡Flor del delirio! Qué agonía mas negra, que la agonía De las hondas tristezas mudas, que hacen gestos extraños Y muecas adementadas? Esa tristeza es la mía: Me la han traído, de la noche, los espíritus huraños.

Las puertas del castillo, no están abiertas. En vano Rondamos, ansiosos en torno de ellas, que está dormido El gnomo que las abre—El viejo gnomo, cuya mano Guarda la encantada llave, de este paraíso escondido.

Allá adentro están las dulces dichas enfermas y pálidas, Que anhelan nuestros abracadabrantés corazones: Las hermosas mujeres, adementadas y escuálidas Que beben opio, recostadas en sus altos sillones.

Se oyen las músicas tristes, copia de las armonías, Que al pie de los sepulcros elevan, los que de día duermen Bajo la tierra y en las noches, celebran sus orgías, De macábricas pesadillas, el espantoso germen.

Están las luces fúnebres—las antorchas demoniacas Los lívidos tapices, llenos de anti-humanas figuras: De un país lejano y soñador, las abominables lacas: Y de dioses deformes, las siniestras esculturas.

ORESTES

Fiestas del 23

Crónicas de las fiestas en "Venecia" en el número del domingo próximo.

Retratos íntimos

JOSÉ B. NAVARRO

Entre el grupo de muchachos que forman la nueva generación literaria del Salvador, y cuyo entusiasmo es plausible, uno de los que más descuella, por su gran talento y personalidad original, es José Belisario Navarro. Es muy joven todavía; á lo sumo, veinte y tres años, bien cumplidos, y ya ha sabido, á fuerza de constante trabajo y pujantes bríos, labrarse una honrosa reputación, como prosista de altos vuelos y como esquisito artista. Está, según se entiende, en el periodo de la madurez, cuando la uva verde comienza á tomar el color del sol ardoroso que la acaricia. Y promete, al rajarse de madurez en el Otoño, en la era dorada de las vendimias, destilar miel deliciosa. Y el terreno está abonándose y la vida crece fecunda y frondosa y en el gajo, color de esperanza, hay ya tonos de madurez que incitan á los pájaros libres y revoltosos. Y esa que dejo escrita, es una viva imagen, rápida y precisa, del talento privilegiado de Pepe Navarro. El, trabaja, trabaja en su labor de perfeccionamiento. Lucha esforzado y tenaz por llegar, después del trayecto fatigoso, á la ciudad soñada en que el laurel florece en coronas inmortales. No desmaya. Se detiene, á media vía, para cobrar aliento y continúa la ruta emprendida. A lo lejos, entre las nieblas del horizonte ancho é indeciso, brilla levemente el oro de las agujas de los minaretes de la sagrada Damasco, bajo la luz del gran Sol.

Escribe y lee. La labor de su lectura me parece pesada, á mí, que rara vez hojeo un libro. Ha leído, de preferencia, los clásicos del buen tiempo de oro de la literatura castellana. Admira incondicionalmente, y sobre todo lo habido, á Cervantes; lee con gusto á Calderón, paladea el tinto añejo de Moreto y sabe de comprender los espasmos místicos de Teresa de Jesús, los tranquilos y sublimes de Fray Luis de León, los versos valientes y de acero puro de Herrera, el divino.

Conoce mucho las literaturas griega y latina. Le son bien conocidas esas selvas vírgenes y primitivas, llenas de gnomos saltones y vivaces y de ninfas de suave piel de rosa y ojos de cielo, de rubios efecos y bacantes morenas y voluptuosas, allá en donde canta el arroyo rodante su *ritornello* cristallino y recita paso paso su *liedersinger* de aroma, desde lo alto de su tallo, la flor entreabierto y casta, que roza apenas con su ala un pájaro de colores ó una mariposa frágil y liviana. Por allí, por esas espesuras, bajo esos inmensos dombos de follajes, bajo esos arcos que forman al unirse las ramas recias, bajo esas parras lujuriosas, entre cuya hojarasca despunta el racimo, ha pasado él. Ha saboreado el vino que escancia Anakrón en su ánfora etrusca; ha escuchado, con oído atento, la música pastoril de la flauta de caña del gran Pan, que guía la danza desenfadada de las bacantes desnudas, bien amadas del Sol. Ha sorprendido, en el soto que florece, en la era de las lilas y las madreselvas, al dios Virgilio, adornando con rosas

frescas y bejucos nuevos de húmedas hojas de acanto, la espesa cabellera de su musa pastoril, la tímida zagala que ruboriza el beso de amor que se posa aleteando en los labios rojos y, con Horacio, ha bebido el Naxos, bajo la sombra del laurel exuberante entre cuyas ramas canta á la aurora que nace, incierta y tímida, su diana de triunfo la alondra de Orfeo.

Y luego, ha ido á la floresta espesa y enmarañada de la moderna literatura, en la que, como cruel contraste, se abre una rosa sana y frondosa junto á las lanzas en acecho de un *cactus* berberisco; rompe su capullo de seda cándida una camelia aristocrática, so el palio protector de una enredadera burguesota é insulsa que enrolla sus sierpes en el añoso tronco de una encina desvastada por el rayo. Ha visto, frente á frente, al gran Hugo, rey-dios de cabeza blanca, y apartando zarzas invasoras y ramas atrevidas, á través de un crepúsculo de luces y colores, de una penumbra fantástica ó de una sombra densa en que reina el terror, ha caído al valle luminoso, lleno de sol alegre y abejeros de perfumes, todo cubierto de margaritas de oro y amapolas de sangre, donde Rafael sueña, Graciella llora, Jocelyn espera y Julia piensa en el amado ausente; donde Lamartine riega sus flores, como un hortelano feliz. Ha cortado con su propia mano, al volver de una avenida en que imperan los abedules y florecen en motas de algodón los almendros, y en pleno invernadero, las *fleurs dumal* de Baudelaire, y ha visitado, envuelto en la bruma dorada é impalpable de los ensueños, los "paraisos artificiales". Y después de palpar la gardenia que se esponja en el búcaro de la poesía ducal de François Copée y la verbena capitosa de Verlaine y el asfodelo inodoro de Sully Prudhomme, y la clemátide de Armand Silvestre, ha salido de la floresta y ha ido á la ciudad, al bullicio, á buscar á Zola, con las botas chapuceando en el lodo pútrido y miasmático, y ha visto, asomada al balcón de vidrio de colores de una casa vetusta, la blanca aparición de Angelina, la virgen de *Le Réve*, que emerge en el valle de la vida, como una flor de nieve, como un cáliz de pureza de un tiesto de porcelana. Y ha saludado, en la calle, á Baccard, á la pícara Renée, al obeso Rougón, á la depravada Nana, al doctor Pascal, á Sergio, el sacerdote soñador de *La caída del padre Mouret*, á Esteban, de *La Bête Humaine*, en fin: ha recorrido, palmo á palmo, toda la obra colosal de Emilio Zola. Y ha buscado después la charla confortable y sana de Alfonso Daudet. Ha tocado á sus puertas y hasalido de casa del maestro hecho un adorador suyo. Desde Molière y Racine, Edgard Quinet y Próspero Marinée, hasta esa falanje nueva, de espíritu revolucionario, que pulula en París, en los cafés literarios, en las revistas lujosas, en la primera ó tercera página de los diarios *boulevardiers*, todos le son conocidos. Sabe de lo inglés, desde Shakespeare á Tennyson; de lo italiano, desde Dante á Carducci y Verga. Lee con pasión á Ibsen, el oso noruego, á quien considera como un coloso, al mismo tiempo que admira al Conde León Tolstoi, á Doustoyouski é Iván de Tourgueneff.

Entre los literatos jóvenes del Salvador, es de los más leídos, indudablemente; Y quién sabe si entre los viejos, de los que han abdicado su poder caduco ante la fuerza nueva, haya alguno que como Navarro posea un caudal literario tan rico, unas arcas intelectuales tan bien provistas! Y él las enriquece aún más. Cada día, cada hora, lleva, afanoso, al almacén de su cerebro, una nueva idea, un nuevo pensamiento.

La prosa de José Navarro es deliciosa. Es á "su modo". Sencilla, á veces; rara y complicada, otras; substanciosa siempre. Allí cabe bien aquello que de repetido es ya cursi: "el estilo es el hombre." El estilo de Navarro es Navarro en persona. Como piensa, así escribe. Así, sencillamente. Quien tuviera la paciencia suficiente, al conversar con él, de guardar sus palabras, no le extrañaría el encontrárselas de repente en el curso de un artículo suyo. Cuando José escribe, se le oye hablar. Yo creo estar frente á él, en la mesa de redacción, ó en su despacho, oyéndole, entre el humo del cigarrillo que arde y el sonido de la risa que estalla, á intervalos.

Navarro es raro en sus juicios. Se forma, para sí, unas opiniones sobre escritores y poetas que le nacen á él solo; que le brotan, á la luz viva de su observación personal y su criterio vivo y perspicaz. Y esos juicios raros, son á veces asombrosos y nuevos. Comprende, profundiza lo suficiente, al autor que lee, y luego lo dice: "Yo pienso de este modo respecto á este señor! Pensad todos vosotros como querráis." Y la generalidad tal vez piensa de modo distinto que él.

Es curioso su artículo á propósito de "Literatura Extranjera", último libro de Enrique Gómez Carrillo. Curiosa, llena de originalidad, la serie á propósito del Realismo é Idealismo, que ha comenzado á publicar en "El Figaro".

Como *conteur*, escribe páginas exquisitas, que casi nunca firma.

En la actualidad está trabajando dos dramas, á lo Ibsen. De uno de ellos, *Un Dictador*, ya terminado, me ha leído algunas escenas y me parece bellísimo y muy nuevo entre nosotros. El otro, *Zonia*, está en labor. Piensa publicarlos, los dos, en un solo volumen, cuando este último esté terminado, y lo suficientemente pulidos y arreglados los dos. Allá veremos qué éxito se llevan. Yo se lo auguro feliz. Además, me dijo la otra noche que tenía en preparación ó escribía ya, una novela nacional. No lo sé de fijo. Pero la verdad es que ya Navarro está escribiendo bastante, que ya trabaja, que ha dejado á un lado la pereza y las pocas ganas de publicar lo escrito, en periódicos y revistas, que antes le dominaba por completo. Hoy da cada semana un artículo para "El Figaro" y es redactor de "El Municipio Salvadoreño."

Ah!... Ya comprendo vuestra sonrisa, señorita mía. Ya! ¡Que si Navarro ha escrito versos! ¡Cómo no! Los ha escrito, como los escribimos todos á los diez y siete años, como es imprescindible tener novia á los catorce. Por allí guarda él, en una gabeta, un montón de papeles, que no me ha querido mostrar jamás, á pesar de

nuestra intimidad: son versos. Sí, señorita, versos... Y ya no sonreiréis. Está satisfecha vuestra curiosidad, á trueque de que... Cuando José me encuentre, después de leído este artículo, me riña. La contienda acabará, de seguro, con un vaso de cerveza y un cigarrillo, fumado amigablemente.

ARTURO A. AMBROGI.

Líneas

I

Y preguntas, mujer, si todavía
Consagro á tu memoria un pensamiento?
Infórmate, mejor, si ya no sangran
Las heridas que hiciste tú en mi pecho.

II

Mi corazón es náufrago que lucha
Con dos olas contrarias á la vez:
La una el amor, que hacia tu amor me lleva,
La otra el orgullo, que me aleja dél.

III

Tanto amor y tanto odio
Por ti en mi pecho ha quedado,
Que quisiera que murieras....
Pero ahogada entre mis brazos!

ISAÍAS GAMBOA.

El Alma de América

Tiene la historia de las letras una faz experimental.

Lo prodigioso del fenómeno de la creación poética ó artística, ha hecho que se confíe el crecimiento literario de las naciones á la espontaneidad. Hay, en efecto, otra faz misteriosa del trabajo intelectual, á la cual es imposible extender el imperio, ni siquiera el influjo, de la observación y de las leyes que la observación descubre. ¿Cómo se hace una obra maestra? Tanto valdría preguntar: ¿cómo se adquiere la inspiración?

Es una locura pensar en la formación de un código cuya finalidad sea la producción de un Homero.

Pero, en cambio, es indudable que la existencia de Homero es imposible en el Egipto; las instituciones y las costumbres de Grecia favorecían el crecimiento de su poesía y de sus bellas artes.

Queda, pues, una faz de la historia de las letras bajo el dominio de la observación y de la experimentación;—es decir, cabe el influjo de una filosofía determinada para desenvolver la in-

telectualidad de un pueblo en un sentido elevado. Un hecho de nuestros días viene en apoyo de mi tesis.

Pasó en la Escandinavia. Una servidumbre tradicional unció las lenguas escandinavas al carro de la literatura danesa, respecto de la cual hacían el humilde papel de dialectos.

El idioma noruego contó con algunos espíritus resueltos para sacudir el yugo: Björson é Ibsen se propusieron libertarlo con fin deliberado.

Al efecto, trataron de crearse un público y lectores propios. Empezaron por abrir un teatro en que se representasen sus dramas, informados en ideas de una filosofía muy individualista, como debía ser la que profesaban estos excepcionales libertadores. Sus ideales serían universalistas, aunque el órgano de que iban á valerse fuese un idioma regional.

Los resultados han superado las esperanzas autonomistas de ambos poetas.

El *teatro noruego*, como negocio, se estrelló en un fracaso que le predijeron los excépticos; pero, á despecho de la crítica local, de la envidia y las preocupaciones; de la sociedad, que hizo de Júpiter con estos Prometeos que se presentaban con la ambición de animar con la chispa divina el frío temperamento de una burguesía polar; á despecho de todo esto—decimos—el *teatro noruego* ha invadido la escena parisiense, atraído la atención universal, y, al mismo tiempo que recibía los dardos de la ironía en su propio suelo, desencadenado una tempestad de polémicas, evocado el espíritu nacional, despertado una crítica, suscitado corrientes de ideas, ocasionado el nacimiento de sistemas filosóficos; creado un arte, en pocas palabras; rodeado de una atmósfera de luz vivificante el mundo frío, más por su vulgaridad modesta que por su clima, de la moderna Escandinavia

Sin duda alguna, la explicación del fenómeno no está en la sola iniciativa de dos poetas, en fundar una empresa teatral y escribir dramas en cualquier dialecto.

Informó el hecho un ideal muy claro y definido, que respondía, en la historia patria, al antiguo ideal político autonomista de los escandinavos, y á la especial aspiración de los noruegos á asumir la hegemonía de la península, y en la sociología á las tendencias individualistas de la democracia moderna, y en la filosofía al criterio experimentalista que hoy reacciona en contra de la manifestación de las grandes síntesis que irradió la Revolución literaria de fines del siglo pasado y principios del presente, sobre la tierra.

Así la literatura noruega tiene hoy influjo relativo, pero muy grande, en el universo de las letras.

Por largo tiempo se ha promovido la discusión en América sobre si tenemos una literatura propia. Y se ha dicho: Alarcón, Sor Inés de la Cruz y Ventura de la Vega, son españoles: Bello, Baralt y Heredia, son hermanos de Herrera y Quintana. Zorrilla, Campoamor y Becquer tienen, ó más bien, tuvieron muchas capillas y sectas en el

Nuevo Mundo; Castelar abunda en pseudo-imitadores, pues ni siquiera ha sido comprendido.

Avino que aprendiésemos á traducir lengua francesa, y—al revés de lo que hicieran los escandinavos, que dignificaron su dialecto—los americanos descoyuntan el más grandioso de los idiomas, el castellano; sustituyen sus metros admirables con la pobre rima francesa, y se jactan sus ingenios de arrastrar las cadenas de su esclavitud al confe sarquesonpresa de un *galicismo* mental. Sucede á esto la formación de la escuela *decadente* latino-americana que por dicha es incapaz de padecer la decadencia *de fondo*, pero que, en cambio, hace destrozos en la índole y en el espíritu de la lengua de su raza.

¿Cómo pensamos en tener una literatura propia?

A lo cual nosotros respondemos con las cuestiones siguientes:

¿Tiene ideales propios la América Latina? ¿Ha hallado la fórmula política de sus instituciones? ¿Se ha resuelto á no seguir las huellas de la democracia yankee, y á investigar las leyes de su propia y original democracia? Ha estudiado sus problemas sociales? ¿Qué le importan el socialismo y el nihilismo? ¿Tiene exploradores en las regiones de la filosofía que le suministren los sistemas de ideas propias, de los cuales careces? ¿Con qué verdades nuevas se va á presentar ante el mundo? ¿Toda su labor intelectual no es objetiva? ¿No reflejan las páginas de sus libros los problemas que conmueven sociedades diversas de las nuestras?

¿Dónde está el color con que se ha pintado el mundo psicológico americano? ¿Hemos visto la generosidad de esta sociedad cosmopolita, sin igual en la historia, reflejada en las páginas de algún nuevo evangelio ofrecido á las naciones? ¿Tenemos orgullo de raza? ¿Cómo no hemos procurado fundar el individualismo hispano-americano? Quisiéramos ver los toques de pincel que diesen idea del cuello de un colibrí; del baño de luz nuestra que hace de los montes pirámides de oro macizo; de una tez de mujer á la vez india, goda, árabe, española y africana, ó de la tea de Ricaurte destellando sus fulgores de la mitad para acá de nuestra historia de latino-americanos.

Nuestra literatura no existe en el mundo exterior; hay que buscarla en la conciencia de la América.

F. GAVIDIA.

Parricida

Es media noche. En el umbral, mojada
Por la lluvia que rompe la vidriera,
Impaciente la madre al hijo espera,
Fija en las sombras la febril mirada.

Implora á Dios con voz entrecortada,
Con esa voz de la emoción sincera,
Sin acordarse en su dolor, siquiera,
De su vida tan triste y agotada.

Llega el hijo por fin; mas llega beodo,
Y al exhalar la madre un tierno grito,
Por verlo así cubierto por el lodo,
El, borracho infeliz, hijo maldito,
Saca el arma y le dice: "¡Acabe todo!"
Y perdióse la madre en lo infinito.

SALVADOR DÍAZ.

Por vía de crítica

Arturo:

No debo callar las gratas impresiones que ha dejado en mi corazón la lectura de tus "*Cuentos y Fantasías*". He de pagarte, siquiera con el tesoro de mi aplauso, esa deuda que contrae todo el que busca en la lectura un lenitivo á los desencantos de la vida, y... lo encuentra!

Has sorprendido los secretos del arte; te son familiares los amores de las rosas y jazmines, y también has llegado á *entrever* los misterios y laberintos del amor en los seres humanos. No has dejado nada para los que, queriendo dar una forma artística á sus pensamientos, nos estrellamos en ese *tecnicismo*, que juzgamos arbitrario porque no nos es accesible. De ese tecnicismo encantador, cuyos defectos, si los tiene, hacen resaltar más las bellezas del concepto.

Yo comparo tus escritos á un conjunto de piedras preciosas á *granel*, que ruedan produciendo cambiantes de luz, que á veces ofusca y á veces embarga nuestra vista con su brillo apacible. Tus frases son para mí armonías definidas, ó suaves rumores que deleitan siempre al oído más delicado.

Y es tuyo el triunfo. Avanzas por una senda regada de flores. Y te aplauden los que aprecian tu talento.

La ilustración y la experiencia te permitirán montar esas piedras preciosas que has prodigado en tus arranques de joven.

Es inútil que quieras aparecer *mundano* en *Lidia Müller* y *Rose Pompon*. Existe en ti el elemento primordial: el numen. Volarás muy alto.

Arturo: Hay en el Arte elementos de que uno se aprovecha: el idioma es el medio por excelencia de manifestación del pensamiento. Yo quisiera verte imbuido también en los maestros, en Cuervo, Caro, Izaza, al par que fojeas á Pierre Loti y René de Maizeroy. Ya quisiera que dominaras el castellano.

Pero esto lo haré.

Mi admiración es incondicional, porque lo que has hecho en literatura, nadie lo ha hecho á tu edad en estos países.

Y cuenta que mis elegios son caros, muy caros, Arturo.

En otra carta trataremos de puntos muy importantes. Por ahora, recibe un apretón de manos de tu amigo.

I. ZELAYA.

Cuentos viejos

Son estos cuentos que voy á relataros, cosas del buen tiempo pasado, de la época aquella en que florecieron, lozanos y tal vez gentiles, nuestros abuelos; de la época aquella, en que todos eran felices y en que rodaba el oro y la vida era fácil y barata; de esos buenos tiempos que se han hundido ya, y para siempre, en las brumas de lo pasado.

Y ese tiempo fué rico en tradiciones y en cuentos populares. De ese tiempo guardamos en nuestras arcas verdaderas riquezas. Yo, intento hoy coleccionar algunas de esas historias. Por aquel entonces, no pensaba ni en nacer. Todo lo que aquí encontréis, lectores, es tomado de fuentes legítimas. He recurrido á la Musa Popular, esa guasona que relata un cuento entre una copita de licor y un cigarro de tusa. Guardo en mi cartera un sinnúmero de datos, á los que procuraré darles la forma conveniente y la viveza necesaria, para no hacerlos fastidiosos.....

Ahora, dejadme divagar breves momentos. Me escapo, y me voy de asueto al campo. Abro el libro de mis recuerdos, y de un salto, paso á ser niño y me veo transportado á aquellos días apacibles y serenos.

Y recuerdo esa época feliz. Tenía yo seis ó siete años y, como hoy, era débil, pobre de carnes, soñador y amigo del fantaseo. Gustaba de los cuentos y mi mayor encanto era el tener un libro de ellos. Había en casa, desde mucho antes de que yo naciera, una vieja sirvienta, buena, toda cariño para nosotros, de cabello muy blanco y labios muy marchitos. Y cuando su silueta vaga é indecisa cruza ante mis ojos, al esfuerzo del recuerdo, viene á mí también el de aquellas tardes de lluvia, en que me relataba cuentos de brujas, de duendes y de aparecidos, bajo el techo ahumado de la cocina estrecha, al amor del fuego vivaz que ardía en el *pozo*. A ella es á quien debo mucho de lo que pondré aquí, en este pobre libro mío. Me lo decía, antes de principiar cualquiera historia, acariciando con su mano, débil y temblorosa ya, mi cabellera desordenada, que yacía recostada en su falda: "Como me lo contó mi madre, te lo cuento." Y eran sus narraciones de una riqueza de imaginación y de un estilo salpicado de agradables vulgaridades, todo mi encanto. ¡Cómo la rogaba, la suplicaba para que me relatase esas historias que me conmovían hondamente! Y por la noche, mientras afuera el cielo desfleaba su lluvia torrencial y dentro chisporroteaban los leños y gruñía sordamente y se despezaba sobre la ceniza cálida *Nichí*, el gato favorito, ella, cariñosa, deshacía el rosario de sus recuerdos y caían una á una las perlas desteñidas.

Y todas ellas las recojo ahora y formo de nuevo un collar. Haced de caso, lector mío, que quien os los cuenta es una buena viejecita. Ah! Y pensad por breves momentos que sois niños, y que vais todavía á la escuela á hacer los palotes y deletrear en el silabario y que no pegáis los párpados ni os dormís, mientras mamá no os cuide,

sentada á la cabecera de la cama, porque tenéis miedo de que la Bruja pase por vuestra alcoba, amazona en un palo de escoba, y os acaricie las mejillas con sus dedos amarillentos de grandes uñas encorvadas.

I

Érase un viejo sastre, muy amigo del aguardiente y muy dado á la parranda. Vivía en el barrio de San José, casi en las orillas de la capital. Y tenía su mujer, una pobre hembra, á quien él pegaba é insultaba todos los días, y tres hijitos: dos muchachas y un varón que no sabía leer ni escribir todavía, á pesar de sus diez años cumplidos. Así. El sastre trabajaba poco y ganaba menos. Vivían casi en la miseria. La mujercita pasaba bien afligida, porque... ¿y las tortillas, el queso, los frijoles para los chicos? ¿de dónde sacarlos? Ya la señora Nacha, la de la pulpería de la esquina, no les quería *fiar* más: le debían diez reales, hacía más de cuatro meses y seis días y no podían pagárselos. Para llevar al *Montepío* no había en casa nada regular; todo se había *empeñado* ya. Y el maldito hombre, el marido, pasaba el día en el *despacho*, cantando, ebrio, con la turba de amigos desarraigados y viciosos. Y no llegaba más que por la noche, *bolo*, blasfemando de todo, insultando á su mujer, golpeando á sus hijos, que dormían en un rincón de cuartucho destartado, en el suelo, echados como perros sobre un pobre resto de petate de sala. En el otro extremo, la tijera desvencijada del papá. La madre dormía sobre un *tapexco*, hecho de varas de *caña-brava*, que también hacía oficios de mesa durante el día. ¡Ah! Y todo debido á ese maldito aguardiente! Si Juan, (nombre del sastre), no tomase, ¡qué felices serían! Habrían buenas *tijeras* de lona, petatillos tibios, sábanas, almohadas buenas y luego.... La buena sartén en que bailarían los frijoles una danza apetitosa, la tortilla tostada á las brasas, el trozo de *tasajo llorón*, el queso *majado*.... Ah! ¡Qué fatalidad! Su vecina *ña Eusebia*, siempre que la mujer del sastre le contaba sus desdichas, con las lágrimas en los ojos y el gemido en los labios, la consolaba con estas frases:

—El *tuerce*, señora. Es el *tuerce*!

Y así pasaban. Él, ebrio. Los chicos, en asueto en el vasto *solar* de la casa; ó en las calles, vagando á sus antojos. La pobre mujer buscaba trabajo. Remendaba ropa, aplanchaba, iba al Río Frío á lavar ropa, hacía *mandados*, cobrando, por supuesto, su propina. Y todo era para llenarles la *panza* á los chicos, que lloraban al oír que las campanas del reloj público daban la una y media y no sentían ni el olor del *sancocho* siquiera. Luego: el marido llegaba ebrio, impertinente, pidiendo su *conqué* á gritos, diciendo que tenía hambre, que esa casa era una infelicidad, que ya se iría á la.... y los dejaría solos. Y la pobre mujer aguantándolo todo. Dentro del pecho sentía algo que ardía y se *resentía*; si, antes de darse al *trago*, Juan era muy bueno con ella y la quería mucho y la mimaba. ¡Ah, los recuerdos! Y se le saltaban las lágrimas en los ojos.

Así iban las cosas, cuando un día se murió de repente un compadre de Juan, sastre también y como él borracho; pero trabajador, eso sí. Y hubo que ir al *velorio*. Toda la familia se fué á casa del compadre muerto. La casa mortuoria estaba llena. ¡Cuánto amigo y amiga! ¡Y había bastante que beber! Los *garrafones* de puro *chachacaste*, estaban á la orden. Y había guitarras que rasgar. Y también el café negro y las *tortas* secas, las *semitas*, el *pan menudo* estaban listos. Y allí era Troya! La turba de hambrientos, que anda siempre en busca de esas fiestas, estacionó allí por aquella noche. Y se divertieron á costillas del compadre muerto. Demás está decir que Juan se *enchispó*, como de costumbre. La *reata* comenzó por lloriqueos. Se acercó á la cama en que estaba tendido el compadre Chencho y comenzó á derramar lágrimas y á gritar. Y decía:

—¡Ay, compadrito! Por qué no me avisó que se iba á morir! Lo quería yo tanto, porque me daba *de pie* mis *riales* para *guaro*! Ay!, compadrito de *mialma*! Ya no lo voy á volverlo á mirar!

Y así, entre lágrima y lamento, soltó un rosario de majaderías. Y todos los del velorio lloraban también, haciéndole coro. Juan era doliente. Y lo consideraban y lo compadecían y él.....¡Aquí que no peco! Una salidita al corredor y.....¡zas!.....Su buen *pencazo*.

A eso de la media noche, cuando estaba ya *bien maiz*, dispuso ir á la casa de su muchacha, á hacer quién sabe qué demonios. Y se fue. Con el sombrero sumido hasta los ojos, tambaleándose, cogió el camino del barrio de Concepción, donde vivía la *Eduvigis*, su querida, estanquera de profesión. Y anduvo y anduvo. Al doblar una esquina, de pronto, encontró á un hombre, en la *acera*. Iba envuelto en una capa y llevaba una *charrota* de palma. Le preguntó á Juan:

—A dónde va, amigo!

Juan, creyéndolo *peregil*, le contestó temeroso:

—Señor: voy á mi casa.

—Ahjá! ¿Con que á su casa? Dijo el hombre de la capa y desapareció al momento, se esfumó en la sombra.

Figuraos, lectores míos, el asombro de Juan. Comenzó á temblar como un niño; quiso gritar, y no pudo. Del susto hasta la *riata* se le fue. ¡El demonio!, pensaba el bolo y dióse á andar á toda prisa; pero cuando llegó á la esquina de la iglesia de San Francisco, lugar donde se alza hoy el cuartel de Artillería, encontró otra vez al mismo hombre, con la misma capa y el mismo sombrero, que soltando una carcajada le dijo socarronamente:

—Ande, viejo! Ya está cerca su casa!

Y volvió á desaparecer.

El miedo del sastre llegó al colmo. Sintió que las piernas le flaqueaban. No pudo dar un paso más y se quedó como clavado. Sentía que la cabeza le daba vueltas, que le crecía en pro-

porción. Sentía en su garganta un nudo; no podía gritar. Por todo el cuerpo le corría un escalofrío horrible. ¡Ah! Y le infundía más pavor todavía, el atrio desierto de la iglesia. Pensó en todos los seres fantásticos que ha creado la imaginación popular. Volvió la vista á la cruz del campanario y creyó ver, sentado á horcajadas en los brazos de ésta, al *zipitillo*, carcajeándose, con su enorme sombrero picudo y sus pies encorvados como los de un Pulchinela. Luego: un grupo de brujas, que cabalgaban en las sombras; la *sigüanaba*, el *cadejo*. . . . ¡Cuántas cosas pensó! Así se estuvo como media hora. Siguió, por fin, su camino, presa de una fiebre horrible, todo miedoso, lleno de terror, vacilante el andar.

Y aquí el colmo! Había andado tres cuadras, cuando. . . ¡Oh, Dios! ¡Otra vez el mismo hombre! Juan estuvo á punto de caer muerto y el hombrecillo, feo y rechoncho como un káipora, le dijo:

—Mírame!

Y Juan vió. El hombrecito tomaba proporciones colosales. Iba creciendo, creciendo. En *dos trompadas* pasó el techo de las casas. Y crecía. Pasó la altura del campanario de San Francisco. Y crecía y crecía. Ah! ¡El gigante! Y paró de crecer. Desde lo alto, le dijo á Juan:

—Hoy no pasa, compadre!

Y puso un pié sobre un tejado. ¡Un arco de triunfo! Juan, al volver la vista hacia arriba, reconoció en la cara del gigante, la cara de su compadre muerto, á quien estaban velando. No vió más, se desvaneció, rodó sobre la acera, perdido el conocimiento.

Al día siguiente, lo recogieron los gendarmes y le llevaron su cama en el hospital. Se moriría. Las hermanas de la caridad que lo cuidaban, creían que estaba loco. Los médicos dijeron: un caso de *deliriums tremens* ó algo así. Pero lo que tenía Juan y no lo comprendían ni las hermanas ni los médicos era la enfermedad de la muerte; lo que le pasaba era que el compadrito se lo llevaba. Al otro día por la mañana, murió.

La gente vecina de ña Josefa, mujer de Juan, el difunto, decían que la noche en que el sastre murió en el hospital, aseguraba el *hombre* de una de las inquilinas de la misma casa, que vió acercarse despacito, despacito, á un hombre amortajado, de ojos de fuego, chispeantes, y que se sentó en la puerta de la calle de Juan y se puso á llorar. Luego se levantó y fue, camino del panteón, tan despacio como había venido. Los perros ahullaban desesperadamente, y husmeaban y seguían la sombra. ¡Era el compadre, muerto hacía *cuatro* días, el que llegaba á buscar á su amigo, para *revárselo* y se encontraba con que ya iba adelante! Y se iba á alcanzarlo.

ARTURO A. AMBROGI

Imprenta Nacional.